



BENEDICTO XVI Y LA IRRELEVANCIA DE LA 'RELEVANCIA'. LA CENTRALIDAD DE LA FIGURA DE CRISTO EN EL MAGISTERIO PONTIFICO DEL ACTUAL PONTÍFICE

Por Samuel Gregg¹

Ha sido interesante observar el cambio en las críticas al pontificado de Benedicto XVI durante estos siete años prontos a conmemorarse. Dejando de lado a aquellos suspicaces que creen que el catolicismo debería liberalizarse y convertirse en otra secta cristiana alineada con las opiniones políticamente correctas de moda, la última opinión dominante es que 'el mundo' está perdiendo el interés en la Iglesia Católica. Una prueba de ello sería la decisión del gobierno de la República de Irlanda de cerrar su embajada ante la Santa Sede, cosa que evidenciaría la pérdida de 'relevancia' geopolítica de la Iglesia.

Cada vez que uno se encuentra con este tipo de afirmaciones nunca queda del todo claro qué es lo que se está tratando de entender por 'relevancia'. Un tipo de interpretaciones en este sentido hacen una comparación con el heroico predecesor de Benedicto que supo jugar un rol indispensable en el derrumbamiento de los avasalladores gobiernos comunistas, que asolaron a buena parte de Europa. Pero también una interpretación segura podría ser aquella que entiende 'relevancia' en términos de la capacidad inmediata de la Iglesia de influir y conformar la elaboración de políticas públicas o de ejercer influencia política en diversos ámbitos.

Tales cosas tienen su importancia. De hecho muchos de los escritos de Benedicto XVI están plagados de conceptos que cuestionan las medias verdades sobre la naturaleza de la libertad, la igualdad y el progreso del periodo posterior a la Ilustración y que marcan claramente el moderno pensamiento político occidental. Pero toda la vida de Benedicto XVI como sacerdote, teólogo, obispo, decano de la Curia romana y Papa refleja su convicción fundamental de que en el objetivo principal de la Iglesia no está encargarse "del mundo", por no decir de la política, de manera primera y como si fuera lo más importante.

Por el contrario, la visión de Benedicto XVI siempre ha sido que el principal cometido de la Iglesia es el de llegar a conocer mejor –y con ello dar a conocer mejor– la Persona de Jesucristo. ¿Por qué? Porque al igual que cualquier cristiano creyente, él considera que precisamente aquí se encuentra la cumbre y plenitud de la Verdad y el significado de *todo* lo que es humano. Más aún, Benedicto XVI insiste en que la única manera en que podemos comprender plenamente a Cristo es a través de su Iglesia –la *ecclesia* de los santos, vivos y muertos–.

Estas certidumbres explican la naturaleza de la dilatada oposición de Benedicto XVI a varias manifestaciones de teología política y de la liberación. Si tales movimientos indicaban una alineación de algunos católicos con el pensamiento de izquierda o algún tipo de conocimiento endeble sobre algunos supuestos básicos de la economía, no eran estas sus preocupaciones principales. En cambio, Benedicto siempre insistió en que tales teologías oscurecían y distorsionaban verdades esenciales sobre la naturaleza de Cristo y de Su Iglesia.

Existe, por supuesto, una dimensión 'relevante' en todo esto. A menos que los católicos tengan claras estas verdades, sus esfuerzos de transformar el mundo a partir de esas creencias degenerarán seguramente en el activismo de lobby u otro tipo de grupo de presión, exigiendo que se les considere 'relevantes'.

Todo esto nos conduce a otra gran 'relevancia' presente en el pontificado de Benedicto: su deseo de asegurar que cada vez sean más los católicos que comprendan y encarnen el verdadero contenido de lo que profesan y creen.

¹ Traducido por Jorge Eduardo Velarde Rosso. Original publicado en: <http://www.crisismagazine.com/2012/benedict-xvi-and-the-irrelevance-of-relevance>



No es ningún secreto que la catequesis católica ingresó en una caída libre después del Concilio Vaticano II. También es cierto que en tiempos preconciliares la catequesis se caracterizó por el estudio memorístico antes que en un compromiso sustancial con las verdades de la fe. Pero ya en el año 1983 Joseph Ratzinger expresó preocupación sobre la lamentable situación catequética posconciliar en dos discursos pronunciados en París y Lyon. Para gran disgusto de los catequistas profesionales –pero para el gusto del cardenal Jean-Marie Lustiger y todo joven sacerdote presente entonces– Ratzinger se concentró en los enormes huecos de los catecismos de moda en aquel entonces.

Dos años después, el Sínodo Extraordinario de Obispos de 1985 sugirió la publicación de un nuevo catecismo universal. Este pedido dio fruto en el *Catecismo de la Iglesia Católica*, publicado en 1992 y producido bajo la supervisión de Ratzinger. Es significativo que este catecismo siguiera de manera precisa la estructura fundamental que él había identificado como indispensables en sus discursos de 1983.

Volviendo al año 2012, Benedicto está llamando al ‘Año de la Fe’ en su carta apostólica *Porta Fidei* para celebrar el 50º aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II. Es sorprendente en la lectura de este texto la cantidad de veces que Benedicto subraya la importancia que tiene que los católicos sean capaces de *expresar* su fe. Y por supuesto que no se pueden realmente profesar –y mucho menos vivir– las verdades de la fe católica a menos de que se sepa lo que son. Ni se puede entrar en diálogo con otros sobre esa fe a menos de que se entienda su contenido.

Por lo tanto, como un comentarista francés mencionaba recientemente, al menos un sub-texto del ‘Año de la Fe’ convocado por Benedicto es que el tiempo de la ‘hermenéutica de la ruptura’ ha terminado. Este punto fue subrayado también en la reciente “Nota con recomendaciones pastorales de la Congregación para la Doctrina de la Fe”. A lo largo de las sugerencias prácticas que el documento brinda para concretar el Año de la Fe, la Nota hace hincapié en “un vínculo profundo entre la fe vivida y su contenido” (es decir, la verdadera *ortopraxis* solo puede basarse en la *ortodoxia*). También hace hincapié en que los católicos deben conocer el contenido del *Catecismo* y de los textos del Concilio (en lugar del siempre nebuloso ‘espíritu del Concilio’ que parece indistinguible de lo que sea que preocupa a los liberales seculares en cualquier momento dado en el tiempo).

La réplica previsible es que esto demuestra que con Benedicto la Iglesia está volviéndose sobre sí misma. Réplicas sin embargo que son muy cortas de miras. Parafraseando al Concilio Vaticano II, Benedicto entiende que la Iglesia puede tener un profundo efecto *ad-extra* en el mundo si ella vive *ad-intra* de una manera más intensa y fiel. Lejos de ser una retirada a un gueto, se trata de ayudar a los católicos a, como dijo el primer Papa, “estar dispuestos a dar una explicación a todo el que os pida razón de vuestra esperanza” (1 Pedro 3,15).

Y ahí descansa la verdadera importancia de la Iglesia contemporánea, tal como la entiende hoy en día el sucesor de Pedro. No se encuentra en la transformación de la Iglesia Católica en algo parecido a la Iglesia Episcopaliana de los Estados Unidos (también conocida como la opción preferencial por la auto-inmolación). Se trata de traer el *Logos* del Señor de la Historia a un mundo que se tambalea entre la irracionalidad y el racionalismo, entre la utopía y la desesperación, de modo que cuando llegue nuestra hora podamos contemplar el rostro del Aquel que alguna vez llamó a Pedro a tener fe en Él y a caminar sobre las aguas.

¿Y qué, después de todo, podría ser más relevante que esto?